

La imaginación tercermundista en *Hechos Mundiales*

MATÍAS
MARAMBIO¹

En abril de 1972 la oferta de revistas en los kioscos de Santiago era, con certeza, un mosaico variado de publicaciones. Ahí se reunían desde los impresos de actualidad político-social, como *Punto Final*, *Ercilla*, *Qué Pasa*, *PEC* y *Mayoría*, hasta los dirigidos a público juvenil, como *Onda* o *Ritmo*, al igual que los proyectos dedicados a audiencias femeninas, como *Paula*, y la oferta de semanarios deportivos (*Estadio*) y de orientación infantil (*Mampato* y *Cabrochico*). Si a ello sumamos la circulación de periódicos –con ediciones matutinas y vespertinas–, rápidamente llegamos al *horror vacui* de la mayoría de estos puestos que recubren cada rincón de su superficie con publicaciones adheridas, dejando el espacio justo para que sus dueños asomen la cabeza y organicen el comercio con el flujo de transeúntes.

La consolidación de un sistema de medios de masas a lo largo del siglo XX –en el que se reunieron las publicaciones, la radio, el cine y la televisión–, junto al aumento de la alfabetización, permitieron la existencia de una creciente y heterogénea esfera pública en la que convivieron objetos del más diverso tipo. El desenvolvimiento de la infraestructura cultural y mediática fue, a un tiempo, causa y consecuencia de las



transformaciones sociopolíticas experimentadas por Chile en las décadas precedentes, como afirma Sunkel. Por esta razón, es difícil, si no imposible, pensar la formación de una sociedad de masas sin pensar el rol jugado por una prensa de masas. La ampliación de los públicos lectores constituyó un fenómeno de orden global que tuvo su correlato en el ámbito de la producción, distribución y consumo de impresos, conceptualizado por Robert Escarpit como la “revolución del libro”. En América Latina dicho proceso dio origen a experiencias editoriales de largo alcance, como Fondo de Cultura Económica,

¹ Académico colaborador Departamento de Antropología, Universidad Alberto Hurtado.

Editorial Sudamericana, Grijalbo y, más adelante, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Ediciones ERA y Siglo XXI Editores. Si a ellas sumamos los grupos de prensa periódica, con proyectos de frecuencia diaria, semanal, quincenal y mensual, el panorama es vibrante y vertiginoso.

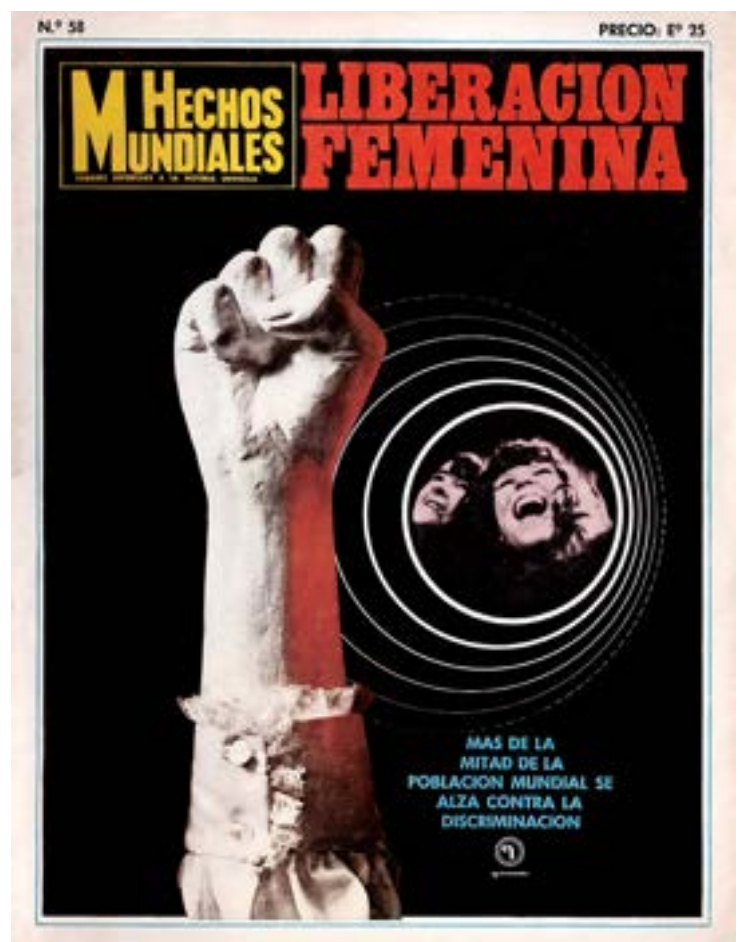
La llegada de la Unidad Popular al poder no puede desligarse de este proceso, pues a los pocos meses de instalado el gobierno de Salvador Allende se produce uno de los puntos de inflexión en la historia editorial y de los medios masivos en Chile: la formación de la Empresa Editora Nacional Quimantú. La editorial estatal fue uno de los polos estratégicos en la lucha simbólica de la vía chilena al socialismo y, como documentan varios estudios del período, sus orígenes se encuentran en la nacionalización de gran parte de los activos del grupo Zig-Zag, hasta entonces uno de los dos conglomerados más importantes de la prensa de masas en Chile, junto a Editorial Lord Cochrane (Bergot; López; Molina, Facuse y Yáñez; Albornoz).

Como parte del área de propiedad social – las ya existentes empresas estatales y aquellas consideradas estratégicas para la economía chilena–, Quimantú desplegó con rapidez un catálogo en el que se conjuntaban publicaciones que eran parte de Zig-Zag y nuevos proyectos editoriales. Aprovechando la capacidad instalada de máquinas, operarios, redes de distribución y recursos gráficos, el equipo dirigido por Joaquín Gutiérrez dio forma a colecciones teóricas que reunían la tradición del pensamiento socialista, clásicos literarios del canon occidental, nuevas apuestas narrativas y poéticas, al igual que un abanico de revistas.

Entre las publicaciones que sirven de puente entre la alicaída Zig-Zag y la naciente Quimantú se encuentra *Hechos Mundiales*, un magazín de frecuencia mensual publicado desde 1967 (primero bajo el nombre *Sucesos*) dedicado a “grandes reportajes de la historia

universal”. Muestra clara de que toda transición incorpora lo residual y lo emergente y que las formaciones culturales son entidades en las que se acoplan prácticas provenientes de distintos estratos temporales, como afirma Williams, la revista conformó una oferta de contenidos de actualidad para esa colectividad creciente de lectores que accedían a la cultura letrada producto de la expansión de la sociedad de masas.

Ese público, en el que se encontraban las pujantes clases medias y las recientemente integradas clases populares urbanas, manifestó una vocación por informarse de la actualidad e incrementar su capital cultural (Subercaseaux; Rojo). Dicha necesidad fue suplida por revistas como *Hechos Mundiales*, que dedicaron números a la contingencia política global –la guerra de Vietnam, los “Pentagon Papers”, la Revolución de Argelia–, a fenómenos emergentes como la liberación femenina, la exploración del espacio, la educación sexual y la nueva narrativa hispanoamericana, como también a



tópicos de connotación “enciclopédica”, como la historia del arte y la música, el ocultismo y figuras revolucionarias de la historia.

Bajo la dirección de Guillermo Gálvez Rivadeneira, la revista profundizó una línea editorial que apostaba a crear un sentido común de ciudadanos informados de los “grandes temas de la historia universal”, pero con un cariz marcadamente afín al proyecto de la Unidad Popular. Sin transformarse en una revista política del oficialismo –como lo fue *Chile Hoy*, editada por Marta Harnecker e impresa en los talleres de Quimantú–, la publicación optó por enfoques y coberturas que socializaron un léxico y una sensibilidad de tinte progresista. Fue, a su modo, una apuesta por un socialismo no doctrinario ni sectario, politizado, pero con respaldo documental y fuerte apoyo gráfico.

En el número 52, de febrero de 1972, la industria del cobre se presenta como parte de un mercado global que tiene a jugadores dominantes y otros subordinados. La conformación de una instancia internacional de la que participan Chile, Perú, Congo y Zambia sería una chance para enfrentar la fijación de precios desfavorable a los países subdesarrollados. Así lo refuerza el artículo “El cobre nuestro de cada día”, que abre el ejemplar: “Aunque las orientaciones políticas de los gobiernos de estas naciones sean diferentes, los problemas de dependencia que deben afrontar en los mercados mundiales frente a las grandes potencias industriales son idénticos, por lo que las ventajas de una

mancomunidad cuprera saltan a la vista” (*Hechos Mundiales* N°52: 4).

Un núcleo temático relevante de *Hechos Mundiales* (tanto antes como durante el período Quimantú) lo constituyen los números dedicados a la política del Tercer Mundo. No sólo Vietnam, Argelia y Cuba tuvieron ediciones monográficas, sino que también fueron de interés eventos como la III Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (o UNCTAD III), realizada en Chile entre abril y mayo de 1972, la problemática del hambre, la nacionalización del cobre y la economía del petróleo. En ellas se fragua una perspectiva editorial que alentaba vinculaciones entre fenómenos de orden político y económico como parte de un conjunto espacial.

Con uso prolífico de material gráfico, el número traza la historia política de la lucha por el control económico de los recursos naturales del país. O, como señala la portada “la recuperación de las riquezas básicas inicia la segunda independencia de América Latina”. Mediante el despliegue de fotografías e ilustraciones que documentan el largo trayecto que lleva desde la primera explotación minera durante el período colonial hasta la disputa contra los capitales estadounidenses, pasando por la etapa de hegemonía británica. Con destacados de color para títulos, imágenes u objetos en las imágenes, páginas completas hechas en fondo de color y texto en negro, ilustraciones de gran formato, aprovechando intensos niveles de saturación, al igual que fotografías en alto contraste, el número no se



resta de usar elementos que llaman la atención y mantienen la estimulación visual de la revista (que tam-poco rehúye del texto, sino al contrario).

En un número posterior, dedicado a las consecuencias del hambre a nivel global, uno de los textos centrales lleva por título “África, donde el hambre mata” (*Hechos Mundiales* N°63, 42-45), con una bajada que señala: “Los países africanos nacidos a la vida independiente en la última década presentan las mayores tasas de mortalidad infantil y desnutrición, y todavía no se reponen de la presencia del colonizador blanco, que destruyó sus genuinas formas de producción y se llevó sus riquezas” (43).

Sin rehuir del dramatismo, la revista acompaña el reportaje con imágenes de niños de Biafra (el país brevemente independizado de Nigeria durante la guerra civil ocurrida entre 1967 y 1970) que exhiben las señas físicas de la desnutrición. Con las clavículas y escápulas a la vista, la mirada fija en el espectador, las fotografías dialogan con otras representaciones de los efectos del imperialismo y el legado colonial en los países recientemente independizados, como el asolamiento del paisaje rural, edificios en ruinas, entre cuyos restos emergen los sobrevivientes del conflicto, como exhibe el número dedicado a la independencia de Argelia (N°51, enero 1972).

El imaginario del Tercer Mundo elaborado por *Hechos Mundiales* puede pensarse como

una operación que intersecta diversos vectores que estructuran la esfera pública. El primero de ellos consiste en la geografía, vale decir, el tipo de espacialidad que organiza ese espacio virtual en el que circulan la opinión y el debate político. El segundo toca el ámbito de la historia, entendida como el conjunto de narrativas que dan sentido a la temporalidad colectiva de las sociedades. Y el tercero, corresponde a la economía afectiva —o estructura de

sentimientos— que permite las formas identificación, apego o rechazo de parte del público lector.

Sugiero que una mirada a estos materiales nos indica una construcción del tercer-mundismo que amplía el ámbito espacial, a la vez que acerca realidades geográficamente distantes a la experiencia chilena y latinoamericana. A nivel histórico, la revista trama un relato sobre la relación desigual entre países

del Tercer Mundo y potencias coloniales o imperialistas (Europa y Estados Unidos, mayoritariamente). En el plano afectivo, la construcción está signada por un gesto identificatorio que reduce las diferencias y potencia la similitud de una vivencia de explotación y violencia perpetrada por el colonialismo y sus herederos.

En este empeño, las coordenadas discursivas del tercermundismo no son exclusivas de *Hechos Mundiales*, sino que aparecen en otros materiales, publicados tanto dentro como fuera de América Latina (Mahler; Generoso). Como proyecto político, el



tercermundismo agrupó a fuerzas de distinto carácter: nacionalistas impulsores del Movimiento de los No Alineados, como Gamal Abdel Nasser, Sukarno o Jawaharlal Nehru; movimientos de liberación nacional como el Frente de Liberación Nacional de Argelia y el Vietcong; organizaciones de lucha por los derechos civiles de la población negra en Estados Unidos; las agrupaciones cristianas de base que impulsaron la teología de la liberación, entre otros.

El ascenso político de la nueva izquierda latinoamericana –del que la Unidad Popular es una de las expresiones de mayor alcance a nivel internacional, junto a la Revolución cubana– representó un punto de inflexión para el tercermundismo como formación discursiva. Como parte de las transformaciones experimentadas por el campo cultural e intelectual en Chile durante dicho ciclo, *Hechos Mundiales* contribuyó a presentar una alternativa editorial capaz de capitalizar el público ya constituido de su época Zig-Zag y orientarlo a favor del proyecto socialista chileno.

Para crear esta alternativa, la revista echó mano de una continuidad en su propuesta de diseño y en el potenciamiento de un tercermundismo imbuido de los códigos de la cultura de masas del período. El uso generoso y creativo del color –compartido por otras publicaciones impresas en Quimantú, como *Chile Hoy*– se sumó al aprovechamiento del archivo fotográfico que poseía la editorial, heredado de Zig-Zag. El tono utilizado por los textos, en los que se mezclan la retórica politizada con el interés por entregar antecedentes e información al público general da como resultado un objeto impreso más cercano a revistas como *LIFE* que a publicaciones dirigidas a lectores militantes, como *Tricontinental*, editada por la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina.

La existencia de un núcleo temático de números relacionados con los problemas del Tercer Mundo es, al mismo tiempo, el resultado de una definición programática que puede notarse en los textos editoriales de la revista y también la contrapartida de la prominencia del Tercer Mundo como espacio imaginado en la esfera pública global. Con sus textos que entregan información contundente y con su repertorio profuso de imágenes, la revista dirigida por Gálvez contribuye a reforzar la relevancia del discurso tercermundista en un público de masas que Quimantú intenta disputar tanto en su oferta de libros como en publicaciones periódicas.

Aunque su circulación se interrumpió con el golpe militar, la sostenibilidad en el tiempo de *Hechos Mundiales* es indicio de su relevancia dentro del catálogo de Quimantú y del eventual alcance de sus propuestas editoriales. Su disposición a usar los recursos de la cultura de masas para ampliar la esfera de circulación del imaginario tercermundista nos debiera alertar sobre la importancia de aquellas instancias de mediación del discurso político, que no siempre operan desde la institucionalidad partidaria o la formalización teórica. Por el contrario, propongo, a modo de conclusión, que una experiencia como *Hechos Mundiales* tiene todavía mucho para enseñarnos sobre el cruce –no siempre feliz– entre la vía chilena al socialismo y la cultura de masas.

Bibliografía

Albornoz, César. “La cultura en la Unidad Popular: porque esta vez no se trata de cambiar un presidente”, en Julio Pinto (coord.), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*. Santiago: LOM, 2005.

Bergot, Solène. “Quimantú: Editorial del Estado durante la Unidad Popular chilena

(1970-1973)”. *Revista Pensamiento Crítico* 4 (2004): 2-25

Escarpit, Roger. *La revolución del libro*. Madrid: Alianza, 1968.

Generoso, Lidia Maria de Abreu. “‘O povo colonizado não está sozinho’: Terceiro Mundo, anti-imperialismo e revolução nas páginas da revista Tricontinental (1967-1976)”, tesis para optar al grado de Magíster en Historia (Universidad Federal de Ouro Preto, 2018).

López, Hilda. *Un sueño llamado Quimantú*. Santiago: Ceibo Ediciones, 2014.

Mahler, Anne Garland. *From the Tricontinental to the Global South. Race, Radicalism, and Transnational Solidarity*. Durham/London: Duke University Press, 2018.

Molina, María Isabel (ed.), Marisol Facuse e Isabel Yáñez, *Quimantú: prácticas, política y memoria*. Santiago: Grafito Ediciones, 2018.

Rojo, Grínor. *La cultura moderna de América Latina. Volumen II: Segunda modernidad (1920-1973)*. Santiago: LOM, 2023.

Subercaseaux, Bernardo. *Historia de las ideas y la cultura en Chile. Nacionalismo y cultura*. Tomo IV. Santiago: Editorial Universitaria, 2007.

Sunkel, Guillermo. *Razón y pasión de la prensa popular: un estudio sobre cultura popular, cultura de masas y cultura política*. Santiago: El Desconcierto, 2016.

Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta, 2009.